

## DOLOR, MUERTE Y ESPERANZA EN EL POETA TUNECINO ABŪ L-QĀSIM AL-ŠĀBBĪ

Clara M.<sup>a</sup> THOMAS DE ANTONIO  
Universidad de Sevilla

BIBLID [1133-8571] 6 (1998) 153-177

**Resumen:** En este artículo hemos recogido 16 poemas del escritor tunecino Abū l-Qāsim al-Šābbī (1909-1934), cuyos temas centrales son el dolor, la muerte y la esperanza. La mayor parte de estos poemas, incluidos en su *diwān* titulado *Agāni l-ḥayāh*, fueron escritos en los últimos años de su vida, cuando ya al-Šābbī presentía su temprana muerte.

**Palabras clave:** Al-Šābbī, Abū l-Qāsim. Túnez. Poesía. Literatura árabe moderna.

**Abstract:** In this article we have collected 16 poems by the Tunisian writer Abū l-Qāsim al-Šābbī (1909-1934), whose central motives are pain, death and hope. Most of these poems, included in his *diwān* entitled *Aghāni al-ḥayāh*, were written in the last years of his life, when al-Šābbī already has forebodings of his early death.

**Key words:** Al-Šābbī, Abū l-Qāsim. Tunisia. Poetry. Modern Arabic literature.

### 0. Introducción

Abū l-Qāsim al-Šābbī (1909-1934) es considerado como el gran poeta de Túnez y de todo el Magreb. Fue el máximo representante de una generación que luchaba por liberarse a la vez del colonialismo francés y de las ataduras de la tradición, una generación que luchaba con la pluma y con la acción por un país libre y justo. Pero su enorme valía no sería reconocida hasta después de su temprana muerte.

Nació en el seno de una familia culta. El padre era juez, y sus diferentes destinos lo llevaron, junto con su familia, por todo el país. Él mismo se encargó de la educación de su hijo Abū l-Qāsim y le transmitió su fe islámica y su amor a la verdad y la justicia. Así creció el poeta rodeado del calor familiar y sensibilizándose hacia los problemas de su patria. Su educación fue puramente oriental: empezó memorizando el Corán, y a los once años, en 1920, fue enviado a estudiar a la Zaytūna, en la capital, donde siguió las enseñanzas tradicionales, graduándose en Leyes en 1930.

Durante su etapa de estudiante acudía a los cafetines en que se reunían los intelectuales tunecinos y se interesaba por las ideas reformistas de la época. Además leía cuanto se le ponía al alcance. Como no sabía ninguna lengua extranjera, conoció a los románticos europeos a través de traducciones. También leyó la obra innovadora de los poetas árabes emigrados a América -“Escuela del *Mahyar*”- y cuanto se producía en el mundo árabe, en especial a los poetas de la “Escuela del *Dīwān*” y “Apollo”, en Egipto. Así se hizo con un gran bagaje cultural que abarcaba desde el legado árabe clásico hasta las modernas corrientes literarias, tanto árabes como europeas.

Pero el año 1929 representó un corte brusco en su prometedora trayectoria. En ese año muere su padre, al que se sentía muy unido, y su alma estalla en un dolor desgarrador. De repente se ha quedado sin su mejor apoyo, teniendo que hacer frente solo a las nuevas responsabilidades familiares y a un matrimonio desafortunado. En ese mismo año su corazón -quién sabe si de dolor- presenta los primeros síntomas de una miocarditis que había de llevarle a la tumba en 1934, cuando apenas contaba veinticinco años. Y será precisamente en esta última fase de su vida cuando escriba sus mejores poemas.

A pesar de su breve existencia nos ha dejado varias obras de importancia, entre las que destaca su *dīwān Cantos de la vida (Agānī l-ḥayāh)* donde él mismo reunió sus poemas, ya al borde de la muerte, y que sería publicado póstumamente (1955). Entre los temas destacados de este poemario se encuentran el amor, la vida y la naturaleza, el patriotismo y la revolución, la poesía y la figura del poeta; pero serán el dolor, la muerte y la esperanza los que dominen su alma atormentada en el último período.

### 1. El dolor

Este sentimiento impregna la mayoría de sus versos, pues la poesía de al-Šabbī siempre esconde dolor. Sus causas serán muy diversas. Quizás sus primeros sufrimientos los provoca un temprano fracaso amoroso, como expresa en “*El funeral del amor (Ma'tam al-hubb)*” (1926) (AL-ŠABBĪ 1955: 20-21), poema que escribe a los diecisiete años: en él pone de relieve que, si falta el

amor, vuelve el caos al corazón del poeta y éste no puede hallar alivio ni siquiera en la naturaleza.

También vive con enorme dolor la situación de opresión de su pueblo, aunque confía en su despertar, como manifiesta en el brevísimo poema con que abre su diván, “**Por detrás de las tinieblas**” (*Min wara’ al-zalām*, 1925), luego engarzado en “**Hermosa Túnez**” (*Tūnis al-ŷamīla*, 1925):

*«La gloria de mi pueblo la ha arruinado el tiempo,  
pero la vida le devolverá un día su chal bordado.  
Ésta es época de oscuridad, es cierto,  
mas detrás de las tinieblas la mañana he oteado».*

(AL-ŠĀBBĪ 1955: 13)

Por otro lado, se siente un poeta incomprendido, lo que entraña una dimensión metafísica de dolor, una sensación de ser diferente; su enorme sensibilidad le hará sufrir de forma distinta a como sufre el resto de la humanidad, como expresa ya en un temprano poema, “**La pena ignorada**” (*Al-ka’ba al-maḡhūla*, 1926):

*«Estoy apenado.  
Soy un extraño.*

*»Mi pena es diferente a las demás penas.  
Es extraña en los mundos de la tristeza.  
Mi pena es un pensamiento que gorjea,  
mientras lo ignora el oído del tiempo.*

*»Mas con mi alma he escuchado su eco  
en mi juventud embriagada.  
Lo he escuchado y triste he caminado  
cantando con mi pena cual pájaro de montaña.*

*»Lo he escuchado como un quejido devuelto  
por la voz de la noche y el corazón de lo eterno.  
Lo he escuchado como el grito amortiguado  
de un arroyo entre los desfiladeros.*

*»Lo he escuchado como un gemido abrazado  
por el deseo hacia un mundo que lo apaga,  
débil, como un quejido que se alza  
desde un corazón al que el dolor derrumbara.*

*»La pena de la gente es una llama  
que, al pasar las noches y el tiempo, se apaga,  
pero la mía es una agonía instalada en mi alma  
que hasta la eternidad permanecerá en ella.*

*»Estoy apenado. Soy un extraño.  
No hay en el mundo de la tristeza quien sufra  
ni una décima parte de lo que yo siento.  
Mi pena es amarga y, si grita mi alma,  
no la escucha en modo alguno mi cuerpo.*

*»Mi pena es tan cruel que en el infierno  
del tormento ha fundido mis sentidos.  
Semejante crueldad jamás la escuchó el tiempo  
ni en la vigilia sólo, no, ni en el sueño.*

*»Mi pena es una incandescente llama  
que bajo la ceniza del universo arde.  
Sabrá este universo cómo es de verdad  
y llegará la alborada el día en que estalle.*

*»La pena de la gente es una llama  
que, al pasar las noches y el tiempo, se apaga,  
pero la mía es una agonía instalada en mi alma  
que hasta la eternidad permanecerá en ella».*

(AL-ŠABBĪ 1955: 22-24. Vid. BADAWI 1975: 162)

En "Deseos errantes" (*Al-ašwāq al-tā'iha*, 1930) se exploya de forma más patente y directa el dolor, contrastando sus tempranos deseos con la amargura de no ser comprendido por su sociedad:

*«¡Oh corazón de la vida! Estoy viajando en la noche  
errante y solitario, ¿por dónde saldrá tu sol?*

¡Oh corazón de la vida! Soy un corazón perdido,  
 abrasado por la sed, ¿dónde está tu delicioso vino?  
 ¡Oh corazón de la vida! Se ha callado la flauta  
 y el espacio se ha nublado, ¿dónde está tu resplandor?  
 ¡Oh corazón de la vida! ¿Dónde están tus melodías?  
 Bajo las estrellas escucha quien te ansía.

»Fui en tu alborada, adornada de sueños,  
 aroma que sobre tus rosas extendía sus alas.  
 Fui un soñador que bebía la luz y te escuchaba  
 extasiado por la inspiración de tus baladas.  
 Luego llegó la tiniebla... y me he tornado  
 en hojas dispersas de flores ajadas,  
 en neblina de perfume que, entre el horror de las sombras  
 y el silencio de la existencia, se evapora.  
 Fui en tu alborada, envuelta en la magia,  
 un espacio para el canto tranquilo,  
 una nube para los sueños que se mecía  
 en la conciencia de lo perpetuo y lo eterno,  
 una claridad que abarcaba el mundo inmenso,  
 penetrando en lo oculto y lo manifiesto.  
 Mas acabó la aurora... y hechos tierra han descendido  
 desde el horizonte hasta las entrañas del río.

»¡Oh corazón de la vida! ¡Qué extraño me siento en este mundo!  
 Soy infeliz por el exilio de mi alma  
 entre gente que no entiende lo que mi corazón canta,  
 que no comprende el sentido de mi drama  
 en una existencia de cadenas cargada,  
 errante en la sombra de la duda y la desgracia.  
 ¡Abrázame y estréchame contra ti, como antaño,  
 que esta vida desesperación me causa!

»No he encontrado en esta existencia  
 sino escaso placer y desgracias eternas.  
 Mis deseos más dulces los ahogan las lágrimas  
 y el bordón del tiempo sus ecos apaga.  
 La alegría de los cantos la devora la llama  
 que, sangrienta, sólo deja desdicha.

*Las flores perecen en el puño de las espinas.  
 ¿Qué es esta fastidiosa vida?  
 Esta vida es sólo tedio, un retornar eterno,  
 una mañana que, tras la noche, se reitera.  
 ¡Ojalá no hubiera venido a este mundo,  
 ni en torno a mí flotarían las estrellas!  
 ¡Ojalá la alborada no abrazase mis sueños  
 ni mis párpados la claridad besara!  
 ¡Ojalá aún fuera -como fui- luz que brillara,  
 sin estar prisionera, en esta existencia!».*

(AL-ŠĀBBĪ 1955: 112-113)

Como dice BADAWI (1975: 165-166), la tercera estrofa es casi una paráfrasis de un fragmento de su *Diario*, datado el 7 de enero de 1930:

«Ahora siento que soy un extraño entre mis propios compatriotas. Me pregunto si llegaré el día en que mis sueños sean abrazados por los corazones de la gente, en que mis canciones sean cantadas por los despiertos espíritus de la juventud, en que los deseos y aspiraciones de mi corazón sean apreciados por mentes que piensen incluso en el distante futuro. Pero, de momento, he perdido toda esperanza. Soy un pájaro extraño que vive entre gente que no entiende ni una sola palabra del hermoso lenguaje de mi alma».

En otro famoso poema, “Triste atardecer” (*Al-masā’ al-hazīn*, 1928), ahonda en el sentimiento de estar excluido de la felicidad de la que gozan los demás seres de la naturaleza, sentimiento sólo superado al final del poema en un canto a la esperanza que vendrá a través del dolor:

*«El triste atardecer sombreó la existencia.  
 En su mano, un invisible piano.  
 En su boca, las sonrisas de las penas.  
 En sus ojos, los lamentos de los años.  
 En su pecho, una incierta desazón.  
 Y los rayos de la muerte en su corazón.  
 La besó con besos callados,  
 como besa la muerte la flor en las ramas.  
 Le llevó la inspiración de las estrellas,  
 el secreto de las sombras, el sonido del silencio.  
 Allí inspiró sus flautas, cantando con ellas  
 en la oscuridad desolada.*

*Le enseñó cómo se afligen las almas  
y muere desesperada el ansia.  
Le hizo escuchar los gritos de los corazones.  
Le hizo beber del néctar de las lágrimas.  
Dormitó sobre su pecho tranquilo,  
con un humilde sueño en su alma.  
Fuerte y victorioso como el hechizo de los párpados.  
Travieso y conmovedor como la melancólica flor.  
Risueño, cuando le habían empapado las lágrimas.  
Alegre, cuando le habían sombreado las penas.  
Lo abrazaban las embriagueces del amor.  
Lo estrechaban los sollozos de las quejas.  
Parecía el espíritu de la juventud, tan bello,  
cuando brilla entre los párpados.  
Hizo volver a mi alma una hermosa quimera...  
oculta por las desgracias de los años.  
Entonces le rondaron los recelos de la tristeza.  
Y las huellas de la locura retornaron a ella.*

*»El ala del ocaso cubrió de sombras el espacio,  
proyectando sobre él una triste belleza.  
Lo revistió con una túnica de gloria, conmovedora,  
intensamente hermosa, victoriosa.  
Y al ver tan terrible y triste atardecer,  
las flores se durmieron sobre la hierba.  
Los pájaros del bello espacio retornaron  
con los corazones alegres a sus nidos  
tras haber incendiado la fantasía del cielo,  
tan vasto e inmenso, con sus trinos.  
Empujando su ganado en el silencio del ocaso,  
regresaron los pastores a sus tribus.  
Las ovejas balaban tiernamente a sus corderos  
y de las feraces praderas recogían flores.  
Entonaban sus cánticos los pastores  
con voz alegre, jovial y dichosa,  
y, al pedir un regalo a sus flautas,  
éstas les ofrecían tonadas maravillosas  
con las que volaban las brisas del ocaso  
hacia la inminente y seductora aurora.*

*Las miradas de las doncellas les inspiraban  
canciones de una época de juventud lozana.  
Hacia los suyos cada cual se dirigía,  
salvo mi esperanza, deshecha y desterrada,  
que ha vagado por los desiertos de la existencia,  
mientras se le cerraban todas las sendas.  
Y venciendo los duros sinsabores de la vida  
ha seguido errante, sola, extraña,  
ella, que antes rebosaba de alegría  
y en torno a mi corazón feraz revoloteaba.*

»Y cuando el atardecer cubrió el cielo de sombras  
y embriagó de tristeza el alma de la existencia.  
me detuve y le pregunté: "¿Volverá a mi corazón  
la fugaz primavera de la vida?  
¿Vibrarán en él los cantos de las rosas,  
y reverdecerá el paraíso segado de mi alma?  
¿Se pavoneará en él, alegre con su canto  
y extasiada, la novia de la mañana?  
¿Volverá a mí, desde las explanadas del infierno,  
la paz del corazón, hermosa y aliada?  
¿Las hijas de las tinieblas lo han cargado de cadenas  
y a la oscuridad de los nichos lo han arrojado?"  
Escuchó el atardecer mi persistente queja  
y se dirigió a mí desde un lugar lejano:  
"Los recuerdos de esa pasión retornarán,  
pero la magia del amor no volverá".  
Bulló entonces en mi alma el drama de la vida,  
la fuerte y rebelde furia de la desesperación.  
Y, al desbordarse sus ráfagas con violencia,  
zarandeando todo lo sólido y recio,  
le grité a mi corazón, antes firme y entero,  
ahora agitado e inquieto:  
"Ármate de valor y a las noches no te rindas,  
que sólo el firme y el paciente gana.  
No te aflijas por los avatares del tiempo,  
que tras las tinieblas hay una nueva alborada.  
Si no fuera por los nubarrones furiosos del invierno,  
el vergel no habría alineado estas rosas.

*Si no fuera por las adustas sombras de la existencia,  
la mañana no habría tejido estas túnicas de rayas”».*

(AL-ŠĀBBĪ 1955: 59-61. Vid. DERMENGHEM 1979: 499-500)

En “Canto de las tristezas” (*Ugnyat al-ahzān*, 1927) también acude a la naturaleza para expresar un dolor tan avasallador que le impide hallar el camino de la vida:

«¡Cántame la canción de la risueña alborada,  
pájaro cantor!  
que la voz de la oscuridad me ha hecho tragar un dolor  
que me ha enseñado a odiar la vida.  
Harto está mi corazón de los ecos de los lamentos.  
¡Cántame, compañero!

»La palma de la tristeza mi guitarra quebró  
en la mano de los sueños.  
Pasaron en silencio las canciones de amor  
entre las flores marchitas del otoño  
y se desvanecieron en la quietud del dolor  
como el eco del pájaro cantor.

»¡Deja esas sonrientes canciones,  
pequeño gorrión!  
que mi vida se ha habituado a la melodía del dolor  
por un tiempo que ya pasó;  
quizás suscite este canto el gemido de las cuerdas  
en el silencio del corazón.

»¡No me cantes tus trinos matinales,  
alegre rruiseñor!  
que a mi corazón, cubierto de heridas  
por las agonías de la llorosa vida,  
no le cautivan los cantos de la luz  
ni las melodías de la dicha.

»A quien ha escuchado la voz de la muerte  
y el eco de las tumbas

*no le fascinan los cantos de los pájaros  
entre las hechiceras flores de la primavera,  
ni las sonrisas de la vida que desvelan  
la gloria divina.*

»¡Cántame, compañero, los gemidos del infierno  
y dame a beber sufrimientos!

*Llena la copa con los males de las tristezas  
y dámela a beber, que aborrecí la sonrisa.*

¡Cántame el llanto de los deseos frustrados  
y de las noches negras!

»¡Cántame el sonido de las sombras desoladas,  
que las amo con pasión!

*Ahí tienes la copa del corazón. Llénala de lamentos  
y vierte en ella la tristeza hasta rayar el alba,  
que la ha moldeado el Creador*

*con la arcilla de la tristeza amarga.*

»Escasas fueron las alegrías, las dichas de la vida.

*Éstas sólo son sueños*

*que seducen al corazón con dulces melodías  
y con trinos, como los amos del cielo.*

Luego, no tardan en marchitarse,  
como las flores al ajarse.

»¡Dime quién está tras los nubarrones,  
señora de los sueños!

*¿El joven del terror, el gigante de las aflicciones?*

*¿O la novia de la dulce y fugaz esperanza,  
que, como el ángel de la luz, se balancea  
entre los destellos de la mañana?*

»Estoy en la senda de la oscura existencia  
errante y aturdido:

*Mientras en el rostro de la vida percibo  
la tiniebla de las tristezas en la sombra del dolor,  
veo en sus párpados una luz maravillosa,  
sonriente, fascinadora.*

*«Aquí estoy, escuchando en el corazón de la existencia  
el grito de los dolores  
que se vierte, amargo, desde un corazón quebrado,  
cuyos rincones ha llenado de lágrimas la tristeza.  
Aquí estoy, escuchando las voces de la alegría  
que han colmado los días».*

(AL-ŠĀBBĪ 1955: 47-51. Vid. MASLIYAH 1981: 98)

Pero, aunque perplejo entre la alegría y la pena, entre los gritos de la vida y de la muerte, más simbólica que real, no renuncia a la lucha. Esta lucha contra las adversidades que le va ofreciendo la vida y su decidida voluntad de vencerlas queda patente en “*Dijo mi corazón al dios*” (*Qāla qalbī li-l-ilāh*, s.d.):

*«Hice crecer mis ramas en los montes de las tristezas,  
y se desplegaron con esfuerzo entre las rocas.  
La neblina me envolvió... Eché hojas,  
y florecí, solitario, ante las tormentas.  
Me mecí en la oscuridad. Con los alientos de mis flores  
perfumé el espacio de la pena.  
Canté la gloria de la vida y la pasión...  
Mas los huracanes no entendieron mi intención.  
Arrojaron a los abismos mis ramas verdes.  
Se quedaron cavando mi tumba en la nieve.  
Disiparon mi aroma. “En las praderas del cielo  
-dije entonces- alzarán con perfume mi gloria”.  
Y así he cortejado a la primavera y a la aurora  
pues ¿qué podrá hacerme el viento cuando yo muera?».*

(AL-ŠĀBBĪ 1955: 146. Vid. MASLIYAH 1981: 98)

Esta lucha entraña una profunda valentía. Según al-Šābbī es necesario más coraje para resistir a las penas y al dolor que trae la existencia que para ganar sangrientas victorias en una batalla, como dice en “*La gloria*” (*Al-maʿyād*, 1927):

*«El joven desea lanzarse a la tormenta de la destrucción  
y resistir a un gran ejército y a un valiente león*

*para lograr las glorias de las guerras.  
Si conociera su verdad, no buscaría gloria en ellas.  
Pues no está la gloria en emborrachar de sangre la tierra  
ni en cabalgar un hermoso corcel en las contiendas,  
sino en enfrentarse, con ardor, al mundo de la desgracia,  
resistiendo al diluvio de la pena».*

(AL-ŠĀBBĪ 1955: 52. Vid. BADAWI 1975: 164)

Por eso, ante tanta desgracia y sufrimiento, propone resistir, no dejarse abatir y hacer frente a la vida con valentía, traiga lo que traiga, algo que expresa desde un poema tan temprano como “**Camina con el tiempo**” (*Sir ma‘a l-dahr*, 1927):

*«Camina con el tiempo. Que no te disuadan los horrores  
ni te espanten las desgracias.  
Camina con el tiempo, como la vida quiera,  
y que no te seduzca ningún mago,  
pues quien teme a la vida es un desdichado  
de cuyo destino se burlan las tumbas».*

(AL-ŠĀBBĪ 1955: 52. Vid. VEGLISON 1993: 53)

## 2. La muerte

En algunos poemas, centrados en otros temas, aparece en continuo la idea de la muerte. Es el caso, por citar un ejemplo, de “**El corazón de la madre**” (*Qalb al-umm*, 1931) (AL-ŠĀBBĪ 1955: 129-133), donde afirma que la muerte es el olvido, excepto para el corazón de la madre, que nunca olvidará a su hijo; y donde también describe cómo los ángeles y las novias de la luz se han llevado a ese niño al cielo y cómo viven esa muerte sus compañeros, no tardando en volver a sus juegos.

En otro poema donde se sintetiza la cosmovisión de al-Šābbī, “**Conversación en el cementerio**” (*Hadū al-maqbara*, 1932) (AL-ŠĀBBĪ 1955: 134-140), se pregunta por diversos aspectos de la vida y de la muerte. El poeta cree que el dolor nos hace más sensibles a los escasos momentos de dicha que ofrece la existencia; es el miedo a la muerte el que nos hace amar la vida y el temor al sepulcro la embellece. De ahí que en “**La felicidad**” (*Al-sa‘āda*, 1933) (AL-ŠĀBBĪ 1955: 151) proponga tomar la vida como venga; sonriendo, traiga en su mano un laurel o la nada.

Sin embargo, hay varios poemas en que el tema de la muerte es central, variando su percepción de ella con el tiempo. Al-Šabbī comienza dando una temprana bienvenida romántica a la muerte, pues la describe como un lugar maravilloso, libre de las penalidades de la vida. Es el caso de "A la muerte" (*Ilā l-mawt*, 1928), grito de alguien que sufre, pero que aún no ha visto la muerte de cerca:

«¡Joven de la vida, infeliz y contumaz!  
 ¿No estás por completo extraviado?  
 ¿Buscas el sonido melodioso de la vida,  
 estando en la existencia aprisionado?  
 ¿Buscas la flor de la mañana, teñida  
 por la mano de un campo yermo y segado?  
 ¡A la muerte!, si quieres el reposo de la vida,  
 que está lo que deseas tras la tiniebla de la ruina.

»¡A la muerte, hijo desgraciado de la vida!,  
 que en la muerte se halla su sonido melodioso.  
 ¡A la muerte!, si te han atormentado los siglos,  
 que en la muerte está su corazón misericordioso.  
 ¡A la muerte!, pues la muerte es un espíritu hermoso  
 que sobre estos nubarrones aletea,  
 dichoso con la aurora jubilosa de la eternidad  
 y las hijas de las estrellas que la rodean.

»¡A la muerte!, que la muerte es una copa abundante  
 para el que dejó sediento el simún del desierto.  
 Y, si tienes sed antes de la muerte,  
 no la sacies en la dulce fuente,  
 pues no son las lágrimas sino el zumo de los tiempos,  
 y no es la tristeza sino el alimento de la vida.  
 ¡A la muerte!, que la muerte es un lecho mullido  
 en cuyo regazo las criaturas dormitan.

»¡A la muerte!, si las calamidades te han asediado  
 y te han cerrado el camino de la paz,  
 que en el mundo de la muerte la vida se despoja  
 del manto de la pena y la máscara de la oscuridad,  
 y se muestra como fue creada: lozana,

*desbordándole el rostro la sonrisa,  
retornando a ella las sombras de la eternidad,  
flotando sobre ella los corazones de la humanidad.*

»¡A la muerte! A sus profundidades no temas,  
que allí están las luces del apacible cielo,  
y, cantando una insólita canción, se balancean,  
desnudas, las novias del firmamento...  
llevando en las manos ramas de palmeras  
que agitan en un espacio que exhala su aroma...  
en el que brillan las sonrisas de los corazones  
y desaparecen las penas de las lágrimas.

»Es la muerte el huésped apuesto de la eternidad  
y esa mitad de la vida que no se lamenta.  
Allí... tras el lejano espacio estelar,  
radiante y fuerte, la muerte habita,  
estrechando los corazones contra su pecho,  
para curar las heridas que sufrieron,  
para revivir en ellos la primavera de la vida  
y hacerles gozar de la mañana festiva».

(AL-ŠĀBBĪ 1955: 76-77)

Pero al morir su padre, esta visión idílica se desvanece y estalla su dolor, alcanzando límites insospechados. En "Oh muerte" (*Yā mawt*, 1929) -que escribe en las circunstancias que explica en la breve introducción al poema- abandona el anterior enfoque romántico de huida, para mirarla de frente y quejarse de seguir aún vivo tras sufrir tan espantosa pérdida:

*«Es un grito de mi alma, llena de tristeza y de recuerdos; es una esquirra  
de este corazón estrellado contra las rocas de la vida, que compuse en los  
días de dolor que siguieron a mi desgracia por la muerte de mi padre  
-¡Dios se apiade de él!-.*

»¡Oh muerte! Has desgarrado mi pecho  
y has quebrado, con las desgracias, mi espalda.  
Me has arrojado desde lo alto, has hecho de mí terrible escarnio,  
y con el corazón roto me he quedado arrastrando mis alas con espanto...

*Has sido cruel al dejarme en este mundo, recorriendo sus abruptos senderos.  
 Me has golpeado en aquél a quien yo amaba, al que revelaba todos mis*  
[secretos,  
*al que consideraba mi hermosa aurora cuando se me oscurecía el destino,  
 al que consideraba mi flauta y mi flor, mis copas y mi vino,  
 al que consideraba mi bosque y mi mihrāb, mi canto y mi alborada.  
 Me has privado de mi apoyo y mi consejo en todos los problemas.  
 Has derrumbado un palacio que era mi único asilo, y mi refugio has destruido.  
 Y yo he perdido un espíritu puro y digno, al que todo lo bueno conmovía.  
 He perdido un corazón que sólo aspiraba a que se asentase en el horizonte mi*  
[luna.  
*He perdido una mano que de mí alejaba todos los males de la vida.  
 He perdido un rostro al que sólo mi tristeza y mi perjuicio ensombrecía.  
 He perdido un alma que no se cansaba de proteger mis alegrías y mi dicha.  
 He perdido el pilar de mi palacio, mi estandarte, el soporte de mi vida.*

*»¡Oh muerte! Has desgarrado mi pecho  
 y has quebrado, con las desgracias, mi espalda.  
 ¡Oh muerte! ¿Qué pretendes de mí, si ya has desgarrado mi pecho?  
 ¿Qué quieres, tú que has ennegrecido de tristeza mi pensamiento  
 y me has dejado, a solas con mi fardo, gimiendo entre las criaturas,  
 mientras atravieso el desierto de la vida diciendo: ¿Dónde está mi tumba?  
 ¿Qué deseas de quien, libre de culpa, está siendo castigado en esta existencia?  
 ¿Qué deseas de quien es tan infeliz con su vida desdichada y dañina?  
 Si me buscas, ¡trae la copa y la beberé con paciencia!  
 Si me temes, ¡trae la flecha y la clavaré en mi garganta!  
 Llévame a ti, que mi vida se ha desvanecido en el espacio de la desdicha...  
 Están colgadas, sin flores y sin frutos, las ramas de mis días,  
 y las hojas de mis sueños sobre las espinas del camino están esparcidas...  
 Llévame a ti, que estoy sediento de tu copa, turbia y más amarga...  
 Llévame, que estoy atisbando en tu oscuro espacio mi alborada.  
 Llévame, pues ¡qué desgraciado es quien pasa la vida en una situación como*  
[la mía...!

*»¡Oh muerte! Has desgarrado mi pecho  
 y has quebrado, con las desgracias, mi espalda.  
 ¡Oh muerte! El corazón se ha disuelto, y han quedado vacías las explanadas de*  
[mi alma.

*De tanto como pesan mis pensamientos, camino con la cabeza gacha.  
¡Oh muerte! Mi alma está hastiada de este mundo. ¿No ha llegado aún mi  
[turno?].*

(AL-ŠĀBBĪ 1955: 95-97)

Tras esta tremenda experiencia, todo cambia en el alma del poeta. Y no es de extrañar que la poesía de los últimos años de su vida esté entre la más intensa y conmovedora de la moderna literatura árabe. La vivencia cercana de la muerte y el deterioro de su salud avivarán su preocupación por este tema. Por eso hallamos otros poemas más convincentes e inquietantes que los de su etapa romántica y donde el deseo de la muerte no tendrá matices idílicos, como es el caso de “Huracán en la oscuridad” (*Zawba‘a fī l-ḡalām*, 1933), otro poema típico de esos últimos años:

*«Si los días estuviesen en mi mano,  
los arrojaría al viento, cual arena  
y le diría: “Llévatelos,  
y disípalos por las lejanas montañas,  
más aún, por los callados de la muerte... a un mundo  
donde no se agita ni la luz ni la sombra”.*

*»Si el mundo estuviese en mi mano,  
lo echaría al fuego, al fuego del infierno.  
¡¿Qué es la vida, y sus mortales,  
aquellos horizontes, las estrellas?!  
El infierno es lo más adecuado para los siervos del dolor,  
prado de muerte, nido de penas.*

*»¡Oh pasado, ya extinto,  
unido en la muerte  
y la eternidad de la noche!  
¡Oh presente de los vivos que aún dura!  
¡Oh futuro que aún no engendró!  
¡Necedad es este mundo vuestro,  
errante en tinieblas sin límite!».*

(Trad. J. Vázquez, en I.H.A.C. 1978: 9-10)

El poema más famoso de al-Šābbī sobre este tema quizás sea “En la sombra del valle de la muerte” (*Fī zill wādī l-mawt*, 1932), donde el poeta se hace una serie de preguntas sobre la muerte y el destino y se decide a aceptar, derrotado, su sino inevitable, recordándonos en alguno de sus versos el poema “Hermano” (*Ajī*) de Miġā’l Nu’ayma. Dice al-Šābbī:

*«Caminamos, y a nuestro alrededor  
 estos seres caminan... pero ¿con qué meta?  
 Cantamos con los pájaros al sol,  
 mientras toca su flauta esta primavera,  
 y recitamos a la muerte la historia del universo,  
 más ¿cuál es el final de dicha historia?  
 Y me dijeron, cuando así les hablé, los vientos:  
 “Pregunta al corazón de la existencia cómo es el comienzo”.*

*»La bruma invadió mi alma, que gritó  
 con amargo hastío: “¿Hacia dónde camino?”.  
 Le dije: “Camina con la vida”. Y replicó:  
 “¿Qué recogimos ayer en nuestra marcha?”.  
 Caí a tierra, como una planta ajada,  
 y exclamé: “¿Dónde, corazón, está mi pala?  
 Dámela... tal vez en el silencio de la tiniebla  
 excave mi sepulcro y entierre mi alma.  
 Dámela, que a mi alrededor se espesa la sombra  
 y me está sitiando la neblina de la tristeza.  
 Las copas de la pasión las llenó el alba  
 más se me han quebrado entre las manos.  
 La ilusa juventud ha huido hacia el pasado  
 dejando sus lamentos en mis labios.  
 ¡Dámela, corazón! que somos dos extraños  
 que hacemos de la vida un arte emocionado.*

*»Hemos bailado con la vida largo tiempo.  
 Hemos cantado con la juventud unos años.  
 Hemos corrido con las noches, descalzos,  
 por las quebradas de la vida hasta que sangramos.  
 Hemos comido tierra hasta cansarnos.  
 Hemos bebido lágrimas hasta haitarnos.*

*Hemos sembrado desesperación y penas,  
sueños, amor y dolores por donde pasamos.*

»¿Y luego qué?. Éste soy yo. Vine al mundo  
alejado de sus juegos y sus cantos.

*En las tinieblas de la nada entierro mis días.*

*¿No puedo ni siquiera llorarlos?*

*Caen a mis pies las flores de la vida  
en un silencio triste y desolado.*

*¡Oh mi corazón que lloras! La magia de la vida se ha secado.*

*¡Vamos a probar la muerte... vamos!».*

(AL-ŠĀBBĪ 1955: 141-143. Vid. DERMENGHEM 1979: 493-494)

### 3. La esperanza

Pero Abū l-Qāsim al-Šābbī es “el poeta de la vida”. No es casualidad que su *dīwān* lo titulase *Cantos de la vida*, ni el hecho de que el término “vida” (*ḥayāh*) aparezca en los títulos de muchos de sus poemas. Ante el dolor y la muerte, surgirá su canto a la esperanza. Al agravarse su enfermedad y verse obligado a residir y trabajar en varias áreas rurales, adoptará una actitud de serena aceptación de su inexorable destino, aunque nunca esconda su sufrimiento. Es entonces cuando más va a valorar la vida, cuando más se va a aferrar a su pasión por ella. La vida para él no será el mero hecho de existir. Ahora la ve con todos sus matices, como una mezcla de sensibilidad, dolor, tristeza y miedo, y de lucha por ser útil, por lograr la auténtica sabiduría, la libertad y la independencia, tanto personal como colectiva. Así el tono de al-Šābbī en estos años oscila entre su agonía existencial y su ansiedad por vivir. Dice en uno de sus últimos poemas, “Confesión” (*Al-i'tirāf*, 1934):

*«No pensaba tras tu muerte, padre mío,  
-con los sentidos cegados por la pena  
que estaría sediento de la vida  
y sorbería de su ebrio y encendido río,  
que volvería al mundo con el corazón vibrante  
por la pasión, las alegrías y los cantares,  
por todas las clases de deseos del universo,  
por sus maravillosos amores y pesares,  
hasta que se agitaron los años y llegaron,  
con su especial hechizo, las tentaciones de la vida.*

*No he dejado de ser un niño aficionado  
a perseguir los colores y las luces.  
Ser pesimista hacia la vida, rechazarla,  
es una especie de dislate y de mentira.  
El ser humano, en el fondo de su alma,  
es un fiel y creyente esclavo de la vida».*

(AL-ŠĀBBĪ 1955: 182)

Pero quizás el poema más revelador de su filosofía vital sea “**La voluntad de vivir**” (*Irādat al-hayāh*, 1933) (AL-ŠĀBBĪ 1955: 167-170), en el que extiende a su pueblo su sentido de la vida como lucha. Hay en él un heroico desafío a todo aquello que arrebate su libertad al ser humano, sean las tradiciones o las potencias coloniales. He aquí unos fragmentos de este largo poema:

*«Cuando el pueblo un día quiera vivir,  
será necesario que responda el destino,  
será necesario que se disipe la noche,  
será necesario que se rompan las cadenas.  
Quien no acepte el anhelo de vivir  
se evaporará en el aire de la vida, desvaneciéndose.  
¡Malhaya aquél a quien la vida no privó  
de la bofetada de la nada victoriosa!  
Así me dijeron todas las cosas creadas,  
así me habló su alma escindida.*

*»Rugió el viento entre los desfiladeros,  
en la cumbre de las montañas, bajo los árboles:  
—Cuando me lanzo a un objetivo,  
cabalgo en el deseo y olvido la prudencia:  
no esquivo la dureza de los senderos  
ni la llama del fuego incandescente.  
Quien no gusta escalar las montañas  
vive siempre en agujeros.  
La sangre de la juventud gritó en mi corazón  
y en mi pecho rugieron otros vientos...  
Bajé los ojos en silencio, atento al fragor de los truenos,  
al rugido del viento, a la caída de la lluvia.*

»—¡Madre! ¿Odias a los hombres?  
pregunté a la tierra. Y ella me respondió:  
—Bendigo a los ambiciosos  
y a quienes gustan afrontar el peligro.  
Maldigo a quien no avanza con el tiempo  
y se contenta en vivir como las piedras.

»El Universo está vivo, ama a la vida,  
desprecia a los muertos, por grandes que sean.  
El horizonte no se cubre con pájaros muertos  
ni las abejas besan las flores marchitas.  
Si no fuera por mi amoroso corazón de madre,  
no se cerrarían las fosas de aquellos muertos.  
¡Malhaya aquél a quien la vida no privó  
de la maldición de la nada victoriosa!».

(MZ. MARTÍN 1972: 206-207. Vid. VEGLISON 1993: 63-65)

Si en el poema anterior se dirige a su pueblo especialmente para incitarle a luchar, en "El himno del Todopoderoso o así cantó Prometeo" (*Našīd al-Īabbār aw hākādā gannā Brūmūṭīyūs*, 1933) desafía a la existencia y afirma su propia voluntad de vivir, de no dejarse vencer:

«Viviré a pesar de la enfermedad y los enemigos,  
como el águila en las altivas cumbres,  
mirando el sol brillante... y burlándome  
de las lluvias, las tormentas y las nubes.  
No escudriñaré la oscuridad sombría... ni veré  
lo que hay al fondo del negro precipicio.  
Y marcharé por el mundo de los sentidos,  
soñando y cantando -que es la felicidad del poeta-.  
Escucharé la inspiración y la música de la vida,  
fundiendo el alma del universo en mi creación.  
Prestaré oídos a la voz divina que reaviva  
los ecos muertos dentro de mi corazón.

»Y le diré al destino que no renuncia en cada prueba  
a luchar en contra de mis esperanzas:

"La llama prendida en mi sangre no la apagarán  
     ni ciclones de desgracias ni oleadas de tristeza.  
 Golpea mi corazón tan fuerte como puedas,  
     que éste permanecerá cual dura roca,  
 sin conocer el llanto, ni la queja ignominiosa,  
     ni la sumisión de los niños y los débiles,  
 y vivirá poderoso, escudriñando siempre  
     la alborada... la alborada hermosa y alejada.  
 Llena mi camino de peligros y tinieblas,  
     y de trombas de espinas y guijarros,  
 extiende el terror sobre él, y encima de él esparce  
     meteoritos de perdición y rayos de adversidad,  
 que, a pesar de todo, seguiré caminando,  
     tañendo mi guitarra y entonando mis cantos.  
 Caminaré con el espíritu de un soñador, brillando  
     en la oscuridad de los dolores y la enfermedad,  
 con la luz en mi corazón y en mi pecho.  
     ¿Por qué he de temer caminar en la oscuridad?  
 Soy la flauta, cuyas melodías no cesarán  
     mientras siga en el mundo de los vivos.  
 Soy el inmenso piélago, y sólo en vida  
     me harán crecer los embates de la tempestad.  
 Mas si mi vida se va extinguiendo y se apaga,  
     y la muerte hace enmudecer mi flauta,  
 si se extingue la llama del ser en mi corazón  
     que ha vivido como la roja brasa,  
 seré feliz porque me habré alejado  
     de un mundo de delitos y terror,  
 para fundirme en el alba de la belleza eterna  
     y ahitarme en el abrevadero de las luces".

»Les diré a todos los que se encargaron de destruirme  
     y quisieron que se derrumbase mi cuerpo,  
 a los que, viendo sobre las espinas mi sombra yerta  
     y creyendo que había exhalado mi postrer aliento,  
 empezaron a avivar la brasa con todo lo que hallaron  
     para asar sobre ella mis despojos  
 y se pusieron a preparar la mesa para, en ella,  
     devorar mi carne y beberse mi sangre...

*Les diré a todos, con el rostro radiante  
 y una burlona sonrisa en los labios:  
 "Los picos no demolerán mis hombros,  
 y el fuego no destruirá mis miembros.  
 Echad el hachís al fuego... y jugad  
 pandilla de niños, bajo mi cielo.  
 Y si las tormentas se amotinan y se embriaga  
 el corazón de la cúpula azul de espanto,  
 y me véis volando sobre los huracanes,  
 mientras canto en el espacio lejano,  
 tirad piedras contra mi sombra, y ocultaos  
 temiendo las tempestades y los vientos airados...  
 Y allí, al abrigo de las casas, intercambiad  
 insulsas charlas y opiniones muertas.  
 Cuantos insultos queráis contra mí recitad  
 y expresad, cómo deseéis, vuestra hostilidad,  
 que yo os responderé, desde encima de vosotros,  
 con el sol ante mí y el crepúsculo hermoso:  
 "Aquel cuyo corazón se emociona con la sagrada inspiración,  
 a las piedras de los haraganes no prestará atención».*

(AL-ŠĀBBĪ 1955: 179-181)

Y finalmente canta su adiós a la vida en "El nuevo amanecer" (*Al-ṣabāḥ al-ṯadīd*, 1933), donde la actitud de desafío del poema anterior se convierte en serena aceptación de la muerte, en la que hallará descanso a su dolor. Ve por detrás de la muerte una nueva existencia, una nueva mañana, para sí mismo y para su pueblo, como esperaba desde que escribió sus primeros versos. Las lúcidas palabras de BADAWI (1975: 167-168) expresan claramente el sentido de este poema:

«Lo que resulta más interesante es que su llamada a la muerte no es de ninguna manera una expresión de derrota total: no es simplemente que la visión del poeta sobre la muerte ya no esté cargada con los elementos de *glamour* romántico [...] que existen en la poesía temprana de al-Šābbī. Paradójicamente [...] ahora mira la muerte como medio de lograr una vida más plena y más significativa [...]. Es, pues, uno de los más atractivos poemas del árabe moderno [...] ya que logra comunicar una profunda experiencia de dimensiones místicas, que hace de la imagen final, en el poema, del poeta desplegando las velas de su barca solitaria en un extraño y vasto mar y dando la bienvenida a los riesgos de lo desconocido, un perfecto y conmovedor símbolo del frágil pero heroico ser humano».

Dice así el poema:

- «*Calmaos, heridas.  
Callaos, aflicciones.  
Murió la época de los lamentos  
y el tiempo de la locura,  
y se asomó la mañana  
por detrás de los siglos.*
- »*En los desfiladeros de la perdición  
he enterrado el dolor.  
He esparcido las lágrimas  
a los vientos de la nada.  
He tomado la vida  
como instrumento de canto.  
Y cantaré con él  
en la inmensidad del tiempo.*
- »*Disolví la tristeza  
en la belleza de la existencia.  
Allané el corazón  
como oasis para la canción,  
para la luz y la sombra,  
para el rocío y la flor,  
para los deseos y la ternura,  
para la juventud y el amor.*
- «*Calmaos, heridas.  
Callaos, aflicciones.  
Murió la época de los lamentos  
y el tiempo de la locura,  
y se asomó la mañana  
por detrás de los siglos.*
- »*En mi amplio corazón  
hay un templo a la belleza  
que construyó la vida  
con sueños y con quimeras.*

*Y así recité la oración  
 en la humildad de las sombras...  
 Y quemé el incienso...  
 Y encendí las velas...*

*»Si la magia de la vida es de verdad  
 infinita y eterna,  
 ¿por qué en aflicción se torna  
 a causa de la oscuridad,  
 y luego viene la mañana,  
 y las estaciones pasan...?  
 Llegará otra primavera,  
 si una primavera pasa.*

*»Calmaos, heridas.  
 Callaos, aflicciones.  
 Murió la época de los lamentos  
 y el tiempo de la locura,  
 y se asomó la mañana  
 por detrás de los siglos.*

*»Desde detrás de las sombras  
 y el bramido de las aguas  
 me ha llamado la mañana  
 y la primavera de la vida.  
 ¡Ay, qué fuerte invitación!  
 ¡Su eco ha estremecido mi corazón!  
 Ya no puedo alargar más  
 mi estancia en este lugar.*

*»¡Adiós!, ¡adiós!  
 ¡Montañas de ansiedades,  
 neblinas de tristeza,  
 desfiladeros infernales!  
 Mi barca se ha engolfado  
 en el piélago inmenso.  
 Y las velas ha desplegado.  
 ¡Adiós!, ¡adiós!».*

(AL-ŠĀBBĪ 1955: 159-161)

## BIBLIOGRAFÍA

- BADAWI, M.M. (1975). *A Critical Introduction to Modern Arabic Poetry*. Cambridge: Cambridge University Press.
- DERMENGHEM, Émile (1979). *Les plus beaux textes arabes*. Paris: Ed. D'aujourd'hui.
- [I.H.A.C.] (1978). *Literatura tunecina contemporánea*. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura.
- MARTÍNEZ MARTÍN, Leonor (1972). *Antología de la poesía árabe contemporánea*. Madrid: Austral.
- MASLIYAH, Sadok (1981). "Abū l-Qāsim ash-Shābbī (Tunisian Poet, 1909-1934)". *The Maghreb Review*, VI, n.º 5-6, págs. 98-99.
- AL-ŠĀBBĪ, Abū l-Qāsim (1995). *Agānī l-ḥayāh*. Túnez: Manšūrāt Dār al-Kutub al-Šarqīya.
- (1993). *Agānī l-ḥayāh*. 8ª Ed. Túnez: Dār al-Tūnisīya li-l-Našr.
- VEGLISON, Josefina (1993). *Poesía tunecina contemporánea*. Valencia: Universitat de València.